CIVILIZACION Y CULTURA

POR

MIGUEL PORADOWSKI

Existe una verdadera desorientación respecto del uso de las palabras "civilización" y "cultura". A pesar de que varias veces, en diferentes países, durante los congresos científicos se han hecho tentativas para definir estrictamente estas palabras, no solamente la gente que carece de formación universitaria, sino también los científicos, siguen usando las palabras "civilización" y "cultura" de una manera completamente arbitraria. Además, ocurre muy a menudo, que los autores se sirven de estas palabras de una manera inconsecuente.

La práctica, al respecto, que existe en varios países se puede reducir a tres posiciones:

1.ª El uso de las palabras "civilización" y "cultura" como sinónimos. Eso ocurre ante todo en los países de habla francesa y algunas veces en el idioma inglés.

2.ª La tendencia a usar una sola palabra, o "civilización" o "cultura". La primera tendencia, es decir el uso exclusivo de la palabra "civilización" la encontramos en los países de habla francesa e inglesa, pero sin exageración. La segunda tendencia existe en el idioma alemán. Los escritores alemanes prefieren la palabra "cultura". Si usan la palabra "civilización" lo hacen en sentido peyorativo.

3.ª La clara distinción entre civilización y cultura y el uso consecuente de ambas palabras. Esta práctica es la más universal. Existe en todos los países y en casi todos los idiomas de los pueblos «civilizados», con la sola excepción de Alemania y algunos países influidos por los escritores alemanes. Pero ante todo, es característico de los idiomas italiano y castellano, como también de los idio-

Fundación Speiro

mas eslavos (pero hay que recordar que no existe ninguna regla sin excepción).

Las palabras «civilización», «civilizar» provienen del latín *civis*, ciudadano. En las lenguas modernas, estos términos se emplean desde hace poco. Parece que, primeramente, los pusieron en uso los franceses y del idioma francés estos términos han pasado a otras lenguas modernas. La palabra francesa *civilisation* figura en el diccionario de la Academia solamente desde 1935, pero era empleada desde antes, alrededor de la mitad del siglo XVIII; la encontramos en los escritos de Turgot (en *Pensées et Fragments*). En cambio, el verbo «civilizar» (*civiliser*) es empleado por los franceses ya en el siglo XV, para designar la acción de adquirir buenas maneras y el arte de conducirse en sociedad. En el Diccionario Universal (*Dictionnaire Universel*) del año 1960 leemos: *Poli se dit figurément en morale et signifie civilisé... Civiliser, polir les moeurs; rendre civil et social... Il n'ya riem de plus propre a civiliser et polir un jeune homme que la conversation des dames* (1).

En el mismo sentido usa esta palabra Voltaire cuando escribe: *La France a été longtemps barbare, et aujourd'hui que elle commence a se civiliser, il y a encore des gens attachés a l'ancienne barbarie* («Dialogues») (21). Un sentido más amplio da a esta palabra Diderot: *Instruir une nation c'est la civiliser.*

Para los escritores del siglo XVIII, el término «civilización» significaba, o bien el ideal de la vida social, o bien el conjunto de lo conquistado por la humanidad en el mundo, dependiendo la circunstancia de que fuera usada por un filósofo o por un historiador. Para los hombres de entonces, existía una sola civilización, pero en doble sentido, o como el ideal de la vida social hacia el cual debe dirigirse la humanidad, o como un logro alcanzado por la

(1) Disraeli tiene al respecto una opinión muy parecida: «...he (Coningsby) had paseed his time in the continual society of refined and charming women. It is an acquaintance which when habitual exercises a great influence over the tone of the mind, even if it does not produce any more violent effects. It refines the taste, quickens the perception, and gives, as it were, a grace and flexibility to the intellect». *Coningsby*, London, 1911, pág. 214.

Fundación Speiro

humanidad en su vida social. La antítesis de la civilización así interpretada era la barbarie.

En este tiempo nace también la tendencia para identificar la civilización con el progreso. Tal vez es Condorcet quien en el ensayo "*Esquisse d'un tableau historique des progres de l'esprit humain*", por primera vez identifica la civilización con el progreso.

Unos quieren ver en la civilización la expresión del progreso científico, intelecual; otros la ven en el progreso técnico, en el dominio del hombre sobre la naturaleza (combate este concepto de la civilización Chateaubriand cuando dice: «*Je ne me laisse pas éblouir par des bateaux à vapeur et des chemins de fer, tout cela n'est pas de la civilization*"); otros hablan del progreso moral; y por fin, otros la ven en el progreso social.

De esta identificación de civilización con progreso, nace el concepto de la civilización, es decir, que existe una sola civilización, en la cual deben participar todos y en la cual algunos quisieran ver la misma finalidad de la humanidad. Expresa esta idea Victor Hugo: «*La civilisation nous fait à tous le même esprit, le même but, le même avenir*»; De Bonald dice: «*La civilisation est la perfection de la loi et des moeurs*»; y Benjamín Constant: «*La civilisation est dans la destinée de l'espèce humaine...*»

Hay autores que pretenden identificar este concepto de una civilización ideal con la civilización europea, concebida como un hecho histórico. André Lalande, en el *Vocabulaire technique et critique de la philosophie* (III, 21) dice: «*La civilisation est l'ensemble des caractères communs aux civilisations jugées les plus hautes, c'est-à-dire practiquement celle de l'Europe et des pays qui l'on adoptée dans ses traits essentiels*". De lo mismo habla Monod: "*L'histoire nous montre la civilisation s'étendant peu à peu à tous les pays et à tous les peuples*» (en «Histoire de la méthode dans les Sciences», I, 355). Pero uno de los más destacados representantes de la cultura francesa contemporánea, Georges Duhamel, tiene dudas al respecto: «*Je me garderai bien* —dice él— *de chanter ici l'éloge du génie occidental soit la seule, ni même la meilleure...*" ,"*Au chevet de la civilisation*", pág. 34.

Tenemos aquí el concepto filosófico de civilización. Desde este

Fundación Speiro

punto de vista, la civilización es un ideal de la vida social, un orden universal que podría facilitar a todos una vida feliz y perfecta. Este ideal lo conciben los filósofos de una manera muy diferente. De un modo lo concibe un católico como Jacques Maritain, de otro modo, un liberal como Benedetto Croce, de otro modo un marxista como el mismo Marx.

El desarrollo de las ciencias históricas, y ante todo etnológicas, ha permitido perfeccionar el sentido de la palabra "civilización". Se ha comprendido que la civilización no es una sola, sino que existen varias, pues, desde el punto de vista filosófico, pueden existir muchos ideales de la vida en comunidad, y desde el punto de vista etnológico e histórico se ha constatado el hecho de existir varias civilizaciones, como un conjunto de lo alcanzado por la vida social de distintos pueblos. Toynbee, en *La civilización puesta a prueba*, escribe: "La civilización no es una sola: hay pluralidad de civilizaciones". Para él, la civilización es una entidad histórica.

Tal vez ha sido Ballanche quien, en el año 1819, usó por vez primera la palabra "civilización" en el sentido etnológico, y éste dio la base al concepto sociológico de la civilización.

Vamos a ver ahora cómo varios autores oponen el concepto de civilización al concepto de cultura.

Sabido es que el pensamiento alemán opone voluntariamente cultura a civilización. La dacionalización, la organización, la uniformación, el proceso, las técnicas que conducen al bienestar y a la producción útil surgirían de la civilización, con la sequedad espiritual que les es inseparable. Correspondería más bien a la cultura un desarrollo intelectual, estético y moral en comunión con la naturaleza y los valores suprarracionales o irracionales.

Spengler llega a la conclusión de que las civilizaciones no son otra cosa que degradaciones de las culturas. En *La decadencia de Occidente* (Ed. Madrid, I, 54, 55) escribe: «La civilización es el estado extremo y más artificial a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un término final... Es una finalidad irrevocable, a que se llega siempre de nuevo, con necesidad íntima... La civilización pura, como proceso histórico, consiste en una disolución gradual de las formas ya muertas que se tornaron inorgánicas".

Fundación Speiro

El escritor ruso Nicolai Berdiaeff dedica el último y magistral capítulo de su filosofía de la historia al análisis de esa oposición, en el que hace ver que la civilización es la negación y muerte de la cultura. Escribe así: "La civilización es la muerte del espíritu de cultura... La cultura proviene del culto, se desarrolla a partir del culto religioso... Cada cultura (aun la cultura materialista) es una cultura del espíritu... En la civilización domina, sin restricciones, el economismo; la civilización es técnica por su naturaleza. La civilización impersonaliza... El principio de personalidad sólo aparece en las culturas... La civilización es futurista. La cultura procura siempre contemplar la eternidad... El capitalismo industrial de la civilización negó el espíritu de eternidad, negó lo sagrado. El sistema industrial-capitalista de la civilización destrozó los fundamentos espirituales de la economía, preparando así su propia decadencia" (*Der sinn des Geschichte,* 1929, págs. 286 y sigs.).

En su estudio sobre la cosmovisión de Dostoiewsky (*Die Weltanschauug Dostoiewskis,* 1925, pág. 158) Berdiaeff dice: «Yo no me limito a vincular el espíritu con la cultura; yo los identifico, por cuanto la cultura es por naturaleza espiritual, al paso que la civilización puede ser la única que niegue la espiritualidad".

Jacques Maritain es de opinión contraria. Para él "*civiliser c'est spiritualiser*». En *Art et Scolastique* (1927, pág. 129) escribe: «Todos nuestros valores dependen de la naturaleza de nuestro Dios. Ahora bien, Dios es espíritu. Progresar —lo que significa para toda naturaleza, tender a su Principio—, significa para toda naturaleza pasar de lo sensible a lo racional, y de esto a lo espiritual y de lo menos espiritual a lo más espiritual; civilizar es espiritualizar". Maritain, colocándose en el punto de vista del humanismo integral, estima que, en algunos casos, se pueden emplear estos dos términos, civilización y cultura, como sinónimos. "Decimos que la cultura o la civilización —escribe en *Humanisme integral* (1936, páginas 104 y sigs.)— es el desenvolvimiento de la vida propiamente humana, concerniente no sólo al desarrollo material necesario y suficiente para permitirnos llevar una vida recta aquí abajo, sino también, y ante todo el desarrollo moral, el desarrollo de las actividades especulativas y de las actividades prácticas (artísticas y étni-

Fundación Speiro

cas), que merece ser llamado propiamente un desarrollo humano". "El orden de la cultura o de la civilización aparece, pues, como el orden de las cosas del tiempo, como el orden temporal". Pero hay casos, según Maritain, en que no se pueden emplear estas palabras como sinónimos. Su obra *Religion et culture* trata solamente de las relaciones entre la religión y la cultura. Por el contrario, en el ensayo *Le crépuscule de la civilisation* no dice ni una palabra sobre la cultura.

Los más destacados pensadores distinguen claramente estos dos términos: Paul Valery, Julien Benda, Poizat, René Grousset, Gonzague de Reynold, Salvador de Madariaga Miguel de Unamuno, Bertrand Russel, Aldous Huxley, T. S. Eliot, Christopher Dawson, Karl Manheim, Frideric Wilhelm Foerster, para no mencionar a otros. Veremos más adelante cómo se presenta el problema para los sociólogos.

¿Cómo se podrían ordenar estos dos conceptos?

Me permito proponer la siguiente distinción entre civilización y cultura (2).

Comencemos por la cultura.

La palabra "cultura" viene del latín "*colere*" cultivar. Por lo tanto, este término expresa la acción misma de cultivar, como tam-

---

(2) «Si la noción de civilización es de reciente fecha, la palabra cultura es muy antigua —tan antigua como las relaciones entre el hombre y la tierra. El labrador de un suelo fértil, pero inculto y lleno de zarzas, lo convierte en tierra limpia, desembarazada de cuanto le impedía manifestar su fecundidad, por lo menos en cuanto es útil al hombre, y este último rasgo es sugestivo. De la misma manera el hombre cultiva el trigo, el lino, la vid y el olivo, es decir que les ayuda a desarrollarse según su propia naturaleza, apreciada en función de su utilidad humana.

Cuando, en el plano espiritual cultiva el hombre las artes y las ciencias, hace también salir de un elemento inicial lo que se encontraba incluido en él. Cada ciencia procede, según su método propio, de un hecho, de una experiencia o de un principio. Pero cultivar la ciencia no es, en el fondo, para el hombre, más que una manera de cultivar su inteligencia. Es ésta una buena tierra, capaz de producir todas las cosechas espirituales; hay en ella una fertilidad propia pero es preciso someterla a un trabajo que le permita dar fruto» (Delos, *La sociologie de la nation*).

Fundación Speiro

bién el acto de recolectar lo que gracias al cultivo creció, por ende la recolección de los frutos y finalmente los mismos resultados del cultivo. Empleamos esta expresión, ante todo, para designar al hombre cultivando la tierra, es decir, en relación con el trabajo del suelo. De aquí que hablemos de cultura agrícola. En el campo, en el jardín, observamos mejor el trabajo del hombre, nos damos cuenta de lo que es el cultivo, cultura. Notamos sus resultados: frutos. Gracias a la tarea, a los esfuerzos y penuria del cultivo mejora la calidad del trigo o de las flores: cada vez recolectamos mejores y más perfectas cosechas.

No obstante, el hombre no trabaja solamente la tierra. Su "campo" de trabajo es todo lo relacionado con su vida. Todo lo que lo rodea, lo que puede ser motivo de preocupación, de cuidado, de cultivo, todo lo perfeccionable por medio del trabajo del hombre y sus semejantes. Además, lo más importante es que, en rigor, el campo de trabajo del hombre es el hombre mismo.

El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma y, precisamente gracias a esta última, fuente de la facultad de pensar y desear, del razonar y de la voluntad, el hombre abarca con su pensamiento el mundo entero y tiende a dominarlo, subyugarlo y dirigirlo según y conforme a su voluntad.

Gracias a su facultad de razonar, el hombre posee cierta visión del porvenir. Es dueño de la facultad de adelantarse con el pensamiento hacia un futuro a menudo muy lejano. Por lo mismo el hombre emprende tareas y realiza esfuerzos tanto para satisfacer la realidad actual como también en previsión de lo vislumbrado en el porvenir. El pensar en el mañana, en los tiempos que vendrán, significa para el hombre un aliciente para emprender actividades desde hoy. Además, se dedica a trabajos cuyos resultados aún ignora, pues ellos pueden aparecer recién en un futuro lejano. Sin embargo, por lo mismo que el hombre posee el don de anticiparse a los acontecimientos, presiente también los futuros resultados de sus desvelos, no se desanima, pues, por la carencia de frutos inmediatos, le satisface la convicción de que los resultados vendrán, aunque la espera larga, tan larga que no le fuere permitido vivir lo suficiente para apreciarlos.

Fundación Speiro

¡Y cómo diferencia esto al hombre del animal! El animal no «piensa» en el futuro y sí frecuentemente, a semejanza del hombre, emprende tareas calculadas para el porvenir, realiza esto sólo por instinto, obligado por la naturaleza.

Experimentando es como aprende el hombre. Cuando le corresponde ejecutar algo que ya había hecho en otra ocasión, aprovecha las experiencias pasadas. Procede del mismo modo, habiéndose convencido anteriormente de que el modo de trabajar ha sido adecuado mediante resultados satisfactorios. No conforme con los resultados del trabajo anterior, el hombre ensaya nuevos métodos.

Sirviéndose de la experiencia, el hombre perfecciona continuamente sus labores y métodos de ejecución, por lo que obtiene siempre mejores frutos. Así, la cultura es el trabajo del hombre consciente del fin que persigue; es el cultivo emprendido para obtener los mejores frutos deseables del trabajo.

El trabajo del hombre es creador, pues tiende a realizar cierta idea, pensamiento o proyecto; de aquí que el fruto del trabajo del hombre es la realización de su idea. Por lo mismo, la cultura no es sólo el "cultivo", no sólo el trabajo del hombre, sino también es el resultado de este «cultivo», es el fruto, es la cosecha. El conglomerado de los resultados de este trabajo creador del hombre, de este «cultivo» (*colere*), reunidos, acumulados, recolectados (*recolere*) hace la cultura. Por ende, la cultura es también el resultado del trabajo del hombre.

El hombre siente diferentes necesidades, ellas le obligan a pensar y actuar de modo que pueda satisfacerlas. De aquí que por la índole de estas necesidades, por su cantidad y diversidad medimos el grado de la cultura del hombre en particular. El que tiene mayor número de necesidades, más diversas y ricas en matices, más elevadas y sutiles, el que crea más medios para satisfacerlas, tanto mayor y más elevada cultura posee. El hombre primitivo experimenta muy pocas necesidades; por tanto, su cultura es primitiva.

Estas necesidades son actuales cuando surgen en el momento presente y son satisfechas en el acto. Pero existen también necesidades futuras, algunas veces muy alejadas de nosotros. Y precisa-

Fundación Speiro

mente la conciencia de estas futuras necesidades y el modo de reaccionar, a raíz de ellas, dan la medida de la cultura del hombre. Quien no tiene una visión adecuada de las necesidades futuras, de las que aparecerán algún día en el porvenir, quien no concibe las medidas que tomará desde hoy, es un hombre de baja cultura.

El hombre es alma y cuerpo, de aquí que las necesidades que experimenta son diversas y complejas. Así, por ejemplo, hasta las necesidades materiales, que experimenta a causa de su constitución corpórea, aplacar el hambre, preservar el cuerpo del frío o del calor, como también las necesidades relacionadas con la tendencia de proporcionar los placeres que el cuerpo solicita, llamados sensuales, que el alimento no sólo sea consistente, sino además sea sabroso; que las prendas de vestir, fuera de abrigadoras, sean agradables y cómodas, etc., todo esto encierra en sí raíces psíquicas.

Más diversas y más ricas aún son las necesidades que experimenta el hombre en su calidad de ser dotado de alma. Esta cantidad incontable se podría dividir en ciertos grupos. Y así, por ejemplo, las preocupaciones del hombre, el hambre de la Verdad que lo atormenta, un anhelo extraño por poder percibir un rayo de luz espiritual, pasión por descubrir los misterios de la vida, el deseo persistente de conocer el mundo que le rodea, de este mundo exterior como de aquel interior que es él mismo. Trabajos de conocimiento, las penurias y esfuerzos para buscar, descubrir, conquistar y alcanzar la verdad para investigarla forman la cultura del saber, de la ciencia.

Tiende el hombre hacia el Bien, lo busca en todas partes, desea poseerlo, deleitarse con él. El bien que halla regocija al hombre, pero no le basta: desea mejorar el mundo, anhela un perfeccionamiento del mundo y de sí mismo. Esta tendencia hacia el Bien, hasta la perfección de todo y de todos, nos da una riquísima cultura, relacionada con la ética.

Se lanza el hombre también hacia la Belleza, siente nostalgia por ella, la busca en todas partes y en todo, se alegra y se deleita con ella donde la encuentre, aunque lo hallado no fuera más que una ligera huella de lo bello, su recuerdo, su reflejo. El hombre siente tal necesidad y deseo de belleza, que no le satisface lo bello encontrado en el mundo, sino tiende a multiplicarlo, difundirlo e in-

Fundación Speiro

mortalizarlo. De aquí que el hombre no escatime esfuerzos para embellecer al mundo y a sí mismo.

El conjunto de estos esfuerzos creadores, el volumen de las conquistas del trabajo del hombre, en su búsqueda de la Verdad, del Bien y de lo Bello, trabajo no de un solo individuo, tampoco de una generación, sino de toda cadena de generaciones, la síntesis de todas estas tedencias, deseos e ideales realizados, forman la cultura.

El hombre tiene la posibilidad de transmitir a las generaciones venideras todas sus conquistas. Por medio de la tradición, es decir, por el hecho de transmitir lo cultivado por él, de generación en generación, conserva las conquistas culturales como herencia del trabajo de las generaciones pasadas, las conserva, no obstante las enriquece con su propio trabajo y así aumentadas, mejoradas y hermoseadas las trasmite a las generaciones venideras.

El hombre no comienza un trabajo de nuevo, desde el principio, sino que edifica, o más bien sigue edificando, prosiguiendo los trabajos de sus predecesores. Cada nueva generación inicia el trabajo donde lo han dejado las pasadas generaciones; de aquí un progreso continuo, de aquí una marcha ininterrumpida hacia una más elevada y más perfecta cultura, hacia la perfección y la felicidad.

Además de esta cultura objetiva, caudal del trabajo creador del hombre, tenemos también la cultura subjetiva. Pues el hombre, en su marcha hacia la Verdad, el Bien y lo Bello, puede perfeccionar, gracias a los esfuerzos de su trabajo creador, no sólo el mundo que le rodea exteriormente, sino también el mundo interior, su mundo interior, es decir, perfeccionarse a sí mismo.

Continuos e incansables trabajos sobre sí mismo, por el desarrollo y el florecimiento de su personalidad, belleza y perfección de su cuerpo y alma, cuidado, «cultivo» de sí mismo —esto es la cultura subjetiva—. Un desarollo armónico, amplio y completo de su personalidad, de sus «fisis y psyque», deseo de alcanzar cada vez más alto grado de perfección y agilidad física y psíquica, éstos son trabajos culturales. La cultura objetiva viene a ser, pues, el «cultivo», "*colere*" del alma, "cerebro", voluntad y "corazón", el cultivo de su carácter, trabajo sobre sí mismo, perfeccionarse, hacerse virtuoso, ágil, habilidoso y perfecto. Medimos el grado de cultura del

Fundación Speiro

hombre por el grado de desarrollo de su personalidad (y no por el arte de saber conducirse y poseer buenas maneras).

No es correcto diferenciar la cultura material de la cultura espiritual. El hombre, a pesar de estar constituido de cuerpo y alma, forman un todo; todo lo que hace, cada trabajo suyo, que es precisamente humano, tiene que tener algo de su psiquis. Las actividades del hombre son diversas: unas tienen más y otras menos raíces psíquicas. Las esculturas de Fidias poseen más de estas raíces que, por ejemplo, los acueductos romanos, pero unos y otros, como resultados del trabajo del hombre, ostentan la marca del alma humana, pensamiento e ideas. Es cosa aparte, que puede producirse también el fenómeno de una materialización de la cultura, o su espiritualización, según cuáles sean las raíces dominantes.

Así, pues, la cultura, siendo el resultado de la espiritualidad del hombre, no se puede desligar de la vida humana. Por lo mismo, cada hombre la posee, aunque en grados diferentes

Ahora bien, ¿qué es la civilización?

El término "civilización" proviene del latín "*civis*", es decir, ciudadano. Por ende, un hombre civilizado no es el que anda solo, aislado de los demás, solitario como un animal en su cueva, sino el que vive con otros hombres, formando parte de la sociedad.

El hombre es un ser sociable: «*Politikon dzon*», como lo definía Aristóteles. Esto significa que el hombre siente tales necesidades que sólo pueden ser satisfechas por medio de una vida en sociedad. Basta citar el hecho de que el hombre viene al mundo como un niño incapaz por completo para una vida independiente. Este niño, para poder vivir y desarrollarse, necesita del cuidado de los padres y no sólo en los primeros años de su existencia (lo que ocurre también entre animales), sino que los necesita por un período largo de varios años. Por el solo hecho de crecer el hombre, aún no se independiza por completo. Todo lo contrario; con los años, con el desarrollo, aparecen cada vez mayores y más numerosas necesidades, imprescindibles para él, que no es capaz de satisfacer solo, pues la completa satisfacción adecuada puede sobrevenir solamente a través de una vida en comunidad, en sociedad, en la compañía de otros hombres. Y cuanto más culto es el hombre,

Fundación Speiro

es decir, mientras mayores y más diversas necesidades siente, tanto más alta y rica debe ser la sociedad de la que forma parte. La convivencia del hombre con sus semejantes es una nesesidad, el hombre debe formar parte de la sociedad.

La sociedad se compone de una enorme cantidad de hombres, de los que cada uno desea, ante todo, satisfacer sus propias necesidades. No nos extrañemos, pues, de que los intereses de los hombres se crucen, surjan colisiones, diferencias, antagonismos. La cantidad de bienes del mundo es limitada, mientras que las necesidades y los apetios humanos son casi ilimitados. Por lo tanto, la necesidad de convivir entre hombres de distintas tendencias, gustos e intereses es la fuente de la implantación de normas, conceptos y principios rectores de la convivencia. De otro modo, surgiría el caos y la autoexterminación. Y cuanto más diferenciada y compleja sea la vida en común, tanto más alto es su tipo y los principios en los que se apoya son más numerosos, diferentes y ricos. En la sociedad deben existir los que mandan y los que obedecen. Los intereses del individuo tienen que ser normalizados, ordenados y asegurados. Los de la colectividad también. Debe existir un cierto orden.

El conjunto de todas estas normas, las que dirigen, regulan y ordenan los asuntos sociales más importantes, es decir, asuntos de la vida de toda la comunidad y asuntos de determinados hombres, miembros de esta comunidad, significan el derecho. Por otro lado, las normas que al ordenar las relaciones sociales se sirven de sanciones interiores, que alcanzan el fondo del alma, la conciencia del hombre, significan la moral y las costumbres. Finalmente, las normas que regulan y ordenan las relaciones de menor importancia en la vida colectiva y que, sin embargo, son indispensables, constituyen el hábito.

La coordinación de todas estas relaciones, el conjunto de estas normas: legales, costumbristas y habituales, el aspecto general de la vida en común, la totalidad de los principios e ideas, sobre los que se edifica la vida coleciva, todo esto concurre para formar la civilización.

Las ideas y los principios en los que se apoyan la vida del

Fundación Speiro

hombre y de la comunidad pueden ser diferentes, y de aquí que puedan existir diferentes civilizaciones.

Las más importantes y principales normas que regulan y dirigen la vida colectiva, como también determinan los derechos y deberes del hombre en la colectividad, son normas legales. Por esto, ante todo, es en la ley en donde se cristaliza la civilización; a través de la ley se expresa el tipo de civilización.

Entre los diversos dominios de la ley, la que mejor y con más precisión expresa el tipo de civilización es la que, ante todo y directamente, concierne a la vida en común en la sociedad y determina la posición del hombre en ella, es decir el derecho constitucional. Y no ha de ser forzosamente escrito. Puede figurar en lo que llamamos constitución, o puede ser sólo un derecho tradicional que vive en la conciencia de los miembros de determiada sociedad (como ocurrió hasta finales del siglo XVIII en la mayor parte de las naciones europeas).

Cada sociedad humana es una sociedad civilizada, tiene su propia civilización, pues posee ciertos principios básicos e ideas, sobre los que se apoya, y, además, instituciones a través de las cuales se expresa. Tales principios básicos e ideas pueden estar hasta cierto punto ocultas, pueden no figurar por escrito, ni en convenio de palabra, pero deben existir, pues, sin eso, la comunidad desaparecería. Aparecen civilizaciones primitivas, bajas, cuando los principios en los que se apoya esta vida social son pobres; sin embargo, siempre existen. El bárbaro es también un hombre civilizado, sólo que de otra manera que los que lo consideran bárbaro

En el mismo sentido entendemos la civilización objetiva como un conjunto de formas, normas, principios, ideas e instituciones, creadas por la sociedad a base de estos principios.

La civilización no surge inmediatamente, no es una obra del hombre-individuo, ni de una generación. Es obra de la historia, pues significa el resultado de la vida en común en el curso de los siglos, en el espacio de centenares y miles de años. A causa de esta larga convivencia, a base de ciertos principios estables y duraderos, apoyados en determinados ideales, en un ambiente dado, se desarrollan diversas formas de esta convivencia, es decir, institucio-

Fundación Speiro

nes (por ejemplo, instituciones de la propiedad privada, matrimonio monogámico, etc.), cuyos conjuntos dan la civilización.

Así como diferenciamos la cultura objetiva de la subjetiva, en forma similar, al lado de la civilización objetiva existe la civilización subjetiva.

Si la civilización objetiva es exteriorizada, cristalizada, en las formas de convivencia e instituciones, expresada la idea de la vida en comunidad, la subjetiva es la educación del hombre en tal idea, por lo que este hombre se hace «*civis*», ciudadano. Pues no todo hombre es ciudadano. Ciudadano (no en el sentido formal y legal, por cierto) se considera sólo el hombre que toma conscientemente parte activa en la vida social, quien forma esa vida y la modela según la idea directriz de determinada civilización, quien no solamente posee la plena conciencia de sus deberes para con la sociedad y de sus derechos en ella, sino también el sentido de la responsabilidad de que se cumplan estos deberes y se disfruten estos derechos. Por ende, ciudadano, es decir, hombre civilizado, "*civis*", es sólo el hombre que teniendo conciencia de sus deberes y derechos, conscientemente toma parte en la vida social. El que no, es un objeto con el que la sociedad hace y deshace. Siendo ciudadano, se convierte en sujeto de las leyes, de las cuales no se le puede privar sin atentar contra la civilización (p. ej., encarcelarlo prescindiendo del veredicto condenatorio, venderlo como esclavo, etc., si esto es contrario a los principios de dicha civilización). Y precisamente, por la índole de estos derechos y deberes, que afronta el hombre en su civilización por el grado y amplitud en que aparecen, conocemos los tipos de civilización. En toda civilización, pues, la posición del hombre frente a la comunidad es diferente. Así, la civilización es el resultado de la convivencia del hombre con otros; es una manifestación de la sociabilidad del hombre.

¿Cuál es, pues, la relación entre la civilización y la cultura?

La cultura es el resultado de la espiritualidad del hombre. Cada hombre posee cierta cultura, pero por su vida en la sociedad ella se hace superior y más rica, pues el hombre toma parte en la conquista de las generaciones. Se podría suponer que si el hombre se encontrara solo en una isla abandonada, como el proverbial Robinson

Fundación Speiro

Crusoe, en tal caso, a pesar de que se vería obligado a vivir alejado de los demás, podría, sin embargo, poseer una cultura y tal vez bastante alta, pero no tendría civilización. La civilización, pues, es el resultado de la convivencia del hombre con sus semejantes, de su sociabilidad, a causa de que es un ser sociable. La civilización, como resultado de la vida del hombre en sociedad, está ligada a la vida social; por tanto, sólo el hombre que toma parte en ella puede ser un hombre civilizado. Si el hombre que vive en la soledad posee alguna civilización, es gracias a haber vivido anteriormente en comunidad.

La cultura surge de las necesidades del hombre, y, precisamente, una de ellas es la necesidad de vivir en común. En su afán de satisfacerla, el hombre crea diferentes instituciones y formas de convivencia, las que dan por resultado la civilización. La vida del hombre en comunidad dentro de cierta civilización le proporciona la oportunidad de un desarrollo cultural más amplio. La unión, pues, entre la cultura y la civilización es esencial, profunda e inseparable. Se cruzan entre ellas y se compenetran mutuamente.

Quizás los matices que aparecen en el empleo corriente de las dos palabras son ya de algún interés. No se emplean indiferentemente una y otra palabra. Todos nos sentimos satisfechos de que se nos tenga por cultos, pero nos sentiríamos tratados con menor delicadeza si se nos felicitara por ser civilizados. Ocurre eso, sin duda, porque el primer epíteto tiene relación con nuestra persona, mientras que el segundo nos iguala solamente a nuestro medio. De la misma manera se concibe fácilmente la yuxtaposición de dos culturas, la de la inglesa y la francesa, por ejemplo, en una misma ciudad canadiense, pero es evidente que la ciudad entera pertenece a la misma civilización europea. Por el contrario, si se consideran menos las personas que los estados de la sociedad, la diferencia parece devanecerse, y es difícil de emplear un término por el otro. Es difícil hablar de la civilización de los Incas sin hablar de la cultura incásica.

Según Delos, toda cultura es cultura del espíritu. Adquirida por la práctica de las ciencias, es vida interior, riqueza de conocimientos, disciplina y formación del espíritu. El hombre cultivado se une,

Fundación Speiro

pues, a las instituciones y a las obras de la civilización por razón de sus relaciones con la vida espiritual, y por eso muchas de ellas tienen poco valor a su modo de ver. No se siente enriquecido ni por su teléfono ni por su auto, sino por el conocimiento de las leyes científicas que presiden su fabricación. La civilización, por el contrario, no existe todavía sino en tanto la idea no se ha extendido al exterior para tomar allí cuerpo, asumir una existencia social y entrar en la duración histórica. Es la caridad y la filantropía convertidas en hospital, es el deseo de ciencia, convertido en universidad, biblioteca, laboratorio; es la fe religiosa que se expresa en rito, edificios del culto; es el ideal moral que se convierte en usos, modas, civilidades, reglas jurídicas, y así con lo demás. Cultura y civilización deben igualmente su existencia al espíritu. Pero la una es personal y la otra institucional.

Un sociólogo e historiador polaco, Félix Koneczny, define la civilización como el método de la vida en sociedad. Si la civilización es un método de la vida social, el mismo método puede ser aplicado a la vida de las diferentes sociedades. Eso explicaría la difusión de algunas civilizaciones. Según el mismo método, pueden vivir varias naciones, pero cada cual puede desarrollar su propia cultura. Según la civilización occidental, viven varias naciones europeas, pero cada cual tiene su propia cultura. En el ambiente de la misma civilización pueden florecer culturas muy diferentes. El ejemplo europeo es bien conocido. En los marcos de la misma civilización occidental existen tan variadas y tan diferentes culturas como, por ejemplo, la francesa, española, inglesa, italiana, etc. Además, en el mismo país encontramos algunas veces una diferenciación cultural muy rica. Quien conoce a Italia, sabe bien qué variedad de culturas existe en este país: así, la cultura de Venecia es diferente de la cultura de Perugia, la cultura de Firenze, de la de Ferrara, etc.

De aquí que pueda existir intercambio cultural, pero no puede haber nunca intercambio de civilizaciones. La civilización es el método, el estilo de la vida social; no se pueden mezclar los métodos ni los estilos. La mezca de dos estilos conduce a la destrucción de

Fundación Speiro

ambos. Una nación puede vivir solamente según un método de vida social.

De aquí también que la civilización no conoce fronteras. El mismo método, la misma manera de vivir puede ser implantada en cada país. Teóricamente, según la manera de vivir europea pueden desarrollarse las sociedades en Africa, América, Australia, China, etc. Prácticamente, el problema se presenta de una manera diferente, pues a cada sociedad no le conviene vivir según el método creado y perfeccionado en otro ambiente.

Este es uno de los problemas más interesantes para los sociólogos. Stodard explica cómo una civilización, creada y perfeccionada por una sociedad, es insoportable para otra; hay formas, normas, ideales, métodos que para unas sociedades son convenientes, pero para las otras nocivas, pues constituyen para ellas un peso insoportable. Stodard llama a este fenómeno sociológico *The burdem of civilization* (tal es el título de su libro).

Civilización y cultura constituyen, desde hace bastante tiempo, un objetivo de los estudios sociológicos, como los dos fenómenos de la vida social. La sociología de la cultura constituye una rama de la Sociología bien desarrollada en todos los países. En Alemania, famosa es la escuela creada por Alfred Weber, de la Universidad de Heidelberg, llamada *Kultursoziologie*. El estudio de Alfred Weber, publicado bajo el título de *Ideen zur Staats und Kultursoziologie* (1927), es considerado por muchos sociólogos como una obra clásica. Bien conocida es la escuela de Londres, creada por Malinowski y Taylor. Hoy día en cada país hay un centro de estudios de este tipo.

La sociología de la civilización es una ciencia más joven. Hasta ahora, la Sociología se ha interesado poco por la civilización como tal; sin embargo, desde sus albores, estudia la civilización en sus fragmentos. Quien investiga, con el método sociológico y desde el punto de vista sociológico, instituciones tales como el matrimonio, la familia, el club deportivo, el partido político, etc., o bien, fenómenos sociales como la migración del campo a la ciudad, el problema de la despoblación del campo en algunos países, emigraciones de trabajadores (en busca de salarios), permanentes o perió-

Fundación Speiro

dicas, etc., en realidad se ocupa de fragmentos de la civilización de determinada sociedad.

Pero también la civilización como tal es, por excelencia, un objeto de las investigaciones sociológicas, pues es una exteriorización de la vida social, es el resultado de la vida en sociedad, su forma duradera y petrificada, cristalizada síntesis histórica en las instituciones.

Las sociedades se concretizan en las civilizaciones. No hay sociedad sin civilización, fuera de ella, porque la civilización es precisamente el método, el modo y resultado de la vida social, es su síntesis histórica. Por esta razón la civilización, o mejor, las civilizaciones, constituyen no solamente el objetivo de estudios etnológicos, históricos o filosóficos, sino, ante todo, sociológicos.

Fundación Speiro